parece haber sido falta, también es bien que sepan que de la boca de los niños (como dice David)³ y de los que aún maman, la fe se perficiona su alabanza entre los enemigos della, que son los infieles. Y si con lo dicho no se satisfacen, a lo menos será posible que queden satisfechos cuando los semejantes con toda su presumpción se vean en lugar diferente del que Dios les habrá dado a estos fieles obreros de su viña, y viéndose en premio tan desiguales digan lo que dellos dice el Espíritu Santo: Nosotros, como tontos y necios, teníamos por cosa de burla la vida de éstos.

Y si por ir a casas seglares pareciere en los ministros evangélicos yerro, también lo parecerá que San Pablo iba a las congregaciones públicas, y en Atenas al Areópago, donde predicaba y confutaba los errores gentílicos y declaraba la verdad que se contenía en la dedicación del altar que tenían puesto al Dios no conocido. De manera que en conversión de gentes nuevas no se ha de notar el lugar, sino atender al intento y buscar modos necesarios para conseguir el fin que se pretende.

CAPÍTULO XIX. De cómo los religiosos, con ayuda de sus discípulos, derribaron los templos de los ídolos



UNQUE TODO EL AÑO DE VEINTE Y CUATRO, que fue en el que entraron nuestros religiosos en estos reinos, se ocuparon en enseñar niños y gente moza en las cosas de la fe, y con su ayuda comenzaron a convertir a muchos y predicar al pueblo (como en el capítulo pasado se ha dicho), no por eso cesaba en general el daño grande que corría de la idolatría;

por lo cual, aunque vivían los ministros evangélicos en parte contentos por ver principiada la obra de la conversión, no lo estaban de todo punto por saber que no seguían todos la verdad que les predicaban. Y dado caso, que toda la gente venía a las iglesias y asistían a los oficios, y a la enseñanza de la doctrina, pareciales que aquel grande concurso de gente, más sería por cumplimiento exterior (por mandado de los principales para tenerlos engañados y entretenidos) que por voluntad que el pueblo en común tuviese para buscar el remedio verdadero de sus almas, renunciando de todo corazón y verdaderamente la adoración de los ídolos, y hacían cierta su persuasión y sospecha con ser avisados que aunque en lo público no se hacían los sacrificios acostumbrados, en que solían matar hombres, en lo secreto por los cerros y lugares abscondidos y apartados y también de noche en los templos de los demonios (que aun todavía estaban en pie) no dejaban de hacerse sacrificios; y los diabólicos templos se estaban servidos y guardados con sus ceremonias antiguas; y aún en confirmación desto los mismos religiosos, a veces, oían de noche la grita de los bailes, cantares y borracheras en que andaban. Todo lo cual les causaba mucha pena y ponía en mayor cuidado.

³ Psal. 8.

Visto esto escribieron al gobernador don Fernando Cortés, que a la sazón se partía para las Hibueras, pidiéndole proveyese y mandase con mucho rigor, que cesasen los sacrificios y servicios hechos a los demonios; porque mientras esto durase poco aprovecharía la predicación de los ministros de la iglesia, antes sería muy vano y sin fruto su trabajo. Proveyólo el gobernador, como se le pedía, muy cumplidamente; mas como los españoles seglares que habían de ejecutar las penas y andar vigilantes y solícitos en busca de los delincuentes, estaba cada uno ocupado en edificar su casa y sacar el tributo de los indios, contentábanse con que delante dellos no hubiese sacrificio de homicidio público; y de lo demás que pedía y requería la ocasión no tenían cuidado.

Gran mal es el del interés proprio, pues por él posponen muchas veces los hombres no sólo lo que deben a su puntual y honrado trato, sino también la fe que prometieron a Dios. Este aviso dio San Pablo a su discípulo Timoteo¹ cuando enseñándole lo que había de predicar a otros, le representa cómo ha de ser él para sí mismo, diciéndole que se aparte de toda cudicia, porque no sólo es mala en sí, pero es raíz de todos los males y que los que la apetecen no sólo yerran en las cosas temporales, pero en los negocios importantes de la fe; y es así, porque con la cudicia del proprio interés se disimulan cosas dignas de reprobación y se atranca con las forzosas de la religión cristiana. Lo cual parece en la tibieza con que las personas a cuyo cargo estaba el remedio de inquirir y buscar los ofensores en esta primitiva iglesia, por hacer casas proprias y cobrar tributos tragaban la negligencia del caso y dejaban pasar la maldad de la idolatría; bien pienso que vestirían este descuido con ropa de celo honesto, diciendo que ya hacían su deber en lo público y que lo secreto Dios lo remediase, porque no por ir en busca destos idólatras nocturnos habían de poner a riesgo la vida; pero no es excusa bastante, pues con derrocarles los templos les atajaban los pasos a su malicia; pero intervenía el interés y por esto no llegaba el consejo sano.

Por esta causa andaba el negocio como de antes y la idolatría permanecía; y sobre todo veían que era todo tiempo perdido y trabajo vano, mientras los templos de los ídolos estuviesen en pie y no se destruyesen, porque era tener puestos en la ocasión a sus cultores y reverenciadores. Que para que el pueblo de Dios no sólo quedase castigado, sino también desocasionado para pasar adelante con la idolatría que comenzaron en la soledad del desierto, en ausencia de Moysén, no sólo los reprehendió del hecho sino que destruyéndoles el altar que habían levantado al demonio les deshizo el ídolo y se lo dio a beber; porque si sólo lo reprehendiera y no lo aniquilara, fuera posible que ya que no en público le adoraran y reconocieran, a lo menos en secreto le hicieran ofrendas y sacrificio y para que no lo intentaran se lo quitó de delante.

Esto mismo era necesario en estas gentes, en especial por ser tan enseñados en esta especie de adoración y estar nacidos y criados en ella; porque si de haberse criado los del pueblo de Dios con gente idólatra y supersti-

¹ 1. Ad. Tim. 6.

ciosa, lo eran ellos, ¿qué mucho que los que nacían de idólatras supiesen a los resabios de sus padres? Pues sabemos que muchas veces se heredan las costumbres y que hijos de herejes lo son acérrimos y crueles, por más doctrina católica que se les enseñe. Y en el pueblo de Dios seguían reyes idólatras a sus idolátricos padres. Y ésta es la razón porque el derecho manda que el hijo del hereje sea castigado y privado de privilegios de católicos, si no es exceptándolo de la muerte; porque se teme que ha de seguirle en las malas costumbres. Porque dice allí la glosa, las más veces acontece que el hijo herede las costumbres de su padre. A este mal hábito que tenían estos indios idólatras ayudaba la solicitación de los sátrapas y ministros de aquellos infernales delubros y templos y la asistencia oculta y secreta, por todos aquellos lugares, administrando y sirviendo a los demonios que en ellos honraban, haciendo sus acostumbradas ceremonias y predicando oculta y secretamente al pueblo.

Teniendo pues atención a todas estas cosas y a otras muchas más que luego diremos, se concertaron los varones apostólicos que estaban repartidos por las provincias arriba dichas, de comenzar a derribar y quemar los templos; y no parar hasta tenerlos todos arruinados y caídos por el suelo y los ídolos juntamente quitados de sus altares y castigado en ellos al demonio que se preciaba de ser tenido por Dios, siendo espíritu engañador y falso y sus imágenes cercadas de toda maldad y mentira. Para lo cual no reparaban en ponerse a riesgo y peligro de muerte; porque es muy proprio de los celadores de la honra de Dios, por defenderla, atropellar sus proprias vidas, sin reparar en respetos humanos. De aquel valeroso hebreo, llamado Matatías, dice la Sagrada Escritura,2 que viendo un día que otro de su pueblo, por complacer a un minsitro idólatra del rey Antioco, se llegó a sacrificar a los ídolos en presencia de muchos de su pueblo; arremetió a él con celo santo y le quitó la vida sin reparar en el riesgo en que se ponía de perderla él por ello; porque donde hay espíritu de Dios no valen temores humanos. Este celo tenían estos apostólicos varones y con él cumplieron el intento que tenían de magnificar la gloria de Dios, asolando la falsa del demonio. Pusiéronlo en ejecución, comenzando por la ciudad y reino de Tetzcuco, donde eran los templos muy hermosos y torreados. El primero día de este año, de veinte y cinco, que fue día de la circuncisión y era muy justo que en el primero derramamiento de sangre de Jesucristo, que era primer riego de la tierra de promisión, tuviese tan dichoso principio que fuese bastante a humedecer los corazones de los hombres para que fructificasen un acto tan heroico, como era por levantar su nombre y encumbrarle, destruir raíces tan infames y mortiferas, como son las del servicio de Satanás v falso demonio.

Lo primero que hicieron los frailes fue poner fuego al templo mayor, que era en quien todos los ciudadanos tenían puestos sus ojos, y cuando le vieron arder, que era un día de mercado, comenzaron a hacer grande sentimiento y a derramar lágrimas y dar grandes voces, alterándose todo el

² 1. Marc. 1.

pueblo, como si entre nosotros los cristianos viésemos quemar y destruir los templos de nuestro verdadero Dios de gente enemiga suya. Pero los gritos y alboroto de la gente no sólo no atemorizó los corazones de los evangélicos ministros; pero fueles fuego espiritual que más les encendió los corazones para que el material que comenzaban a poner en el diabólico templo no se apagase, sino que con ansias y ánimo lo atizasen, porque de las voces que daban y lágrimas que derramaban se confirmaban más en su opinión, pareciéndoles que aquél era el medio de todo su remedio; y como el elefante, que viendo sangre se anima a la pelea, así estos elefantes divinos, con este mormullo y alboroto cobraron coraje para no sólo quemar los templos, sino reprehender ásperamente a los que dello se dolían. Y no hay que maravillar deste dolor que mostraban, no porque era el celo bueno en ellos, sino porque se movían a sentirlo con sentimiento natural de ver destruir cosa que ellos habían tenido siempre por deística, y ser su hechura y vista tan hermosa y buena. Que Cristo nuestro señor, sabiendo por espíritu divino la ruina de la ciudad de Jerusalén, la cual había de ser hecha a pocos años después de su pasión, lloró en el monte Olivete y sus sagrados discípulos se dolieron juntamente de la destruición que había, por ser hecha de su santo templo, contemplando la hermosura del sumptuoso edificio, porque es natural al hombre sentir la pérdida que ve de lo que tiene puesto en estimación y precio; y corre con mucha más propriedad en estas gentes este sentimiento, porque no sólo lo estimaban, por ser la obra tan buena, sino porque veían quemado el lugar que hasta estoncen habían tenido por santo; y por ventura muchos dellos acudían de noche a él, como a oráculo divino. Demás de que en el hecho perdían la esperanza que les había quedado de verse libres de los españoles; porque uno de los engaños con que les traía ciegos el demonio, era decirles que se habían de volver a España y los habían de dejar, cuyo engaño se descubría en este hecho, porque a ser verdad no intentáran los frailes quemarles los templos.

Este mismo día hicieron lo mismos los religiosos que estaban en esta ciudad de Mexico, y los de la provincia de Tlaxcalla, y los que estaban en Huexotzinco; llevando los frailes en su compañía los niños y mozuelos que criaban y enseñaban, que los más eran hijos de los señores y principales destas repúblicas; que aunque en edad eran niños y tiernos, les daba Dios para aquello fuerzas de gigantes aunque también se ayudaban de la gente popular, en especial de aquellos que ya querían mostrarse confirmados en la fe; que esto tiene la fe, que es confirmada, que no teme manifestarse cuando conviene para algún acto público importante, como le sucedió a Nicodemus, que siendo discípulo de Christo, venía a él de noche y lo comunicaba sin manifestarse en público; pero después que murió y vido que era necesaria su persona para enterrarlo, llega públicamente a Pilato y pídele su cuerpo con osadía para darle sepultura. Este hecho ordenaron estos santos celadores de la honra de Dios, que fuese a tal sazón, tal coyuntura y tiempo, que los que podían hacerles contradición estuviesen más descuidados y divertidos en otras cosas que los ponían en cuidado. Y como en lo más dello intervino fuego que lo quemaba y abrasaba con presteza y

velocidad, no pudo haber resistencia ni consejo para poderla hacer. Y así, como en el cerco que puso el pueblo de Dios a los de la ciudad de Jericó, cayeron sus muros con regocijo de los que la cercaban, así estos muros y cercas infernales tuvieron fin con este medio, con voces de alabanza y alarido de alegría de los niños fieles; quedándose los que no lo eran espantados y abobados y quebradas las alas (como dicen) del corazón, viendo sus templos y dioses por el suelo; y ellos desconfiados de poderlos restituir ni colocar en su antigua honra, como lo quedaron los indios, después que por Tito y Vespasiano fue destruido su templo, que no sólo lo perdieron, pero juntamente la esperanza de verlo otra vez reedificado.

De esta heroica hazaña que estos benditos padres hicieron, quisieron algunos argüirlos de temerarios y atrevidos, y aun en alguna manera desatinados; porque pudo resultar dello amotinarse y alborotarse los indios y poner en ellos las manos y matarlos. También decían que no se les podía hacer aquel daño con buena conciencia, por ser tales y tan buenos los edificios que les destruyeron, y muchas las ropas y atavíos y cosas de ornamentos de los ídolos, y los mismos ídolos y templos que allí se abrasaron y perdieron. A lo cual respondieron los frailes, con muchas y buenas razones, que del capítulo siguiente se entenderán.

CAPÍTULO XX. Donde se responde a los calumniadores y murmuradores de este hecho de destruir los templos del demonio, y se declara haber sido obra muy provechosa para el progreso y aumento de la cristiandad de estos indios



N LA RELACIÓN QUE HALLÉ CERCA DE LA CULPA que sobre el caso precedente se les imponía a los frailes, parece que se da a entender que a estos mormuradores o argüidores les movía envidia de que los frailes se hiciesen dueños de la destruición de la idolatría, porque a solas se habían atrevido a cosa tan peligrosa y de riesgo, sin llamarlos para que los

ayudasen. Y como en aquella sazón no hubiese otros frailes, sino los de San Francisco, mi padre, ni otros ministros de la iglesia, sino ellos, de aquí se sigue que los que lo murmuraban y calumniaban no eran frailes, ni ministros eclesiásticos, sino españoles seculares. La causa, pues, que me mueve a pensar que era envidia suya, coloreada con celo de pacificación y no celo del bien de la república, pues ellos no habían acudido antes al reparo de este daño, era que como vinieron en compañía del capitán don Fernando Cortés (el cual, como tan católico cristiano y celoso de la honra y servicio de Dios, por los pueblos que pasaba hacía a sus moradores que destruyesen los templos y quebrasen los ídolos, que en público parecían, cuya primera obra de esto hizo Cortés en Cempoalla, como en el capítulo siguiente veremos) debíanse de preciar de conquistadores en lo espiritual, así como lo eran en lo temporal. Y no querían que en esto, otro ninguno les quitase